

TOMIC:

“SIN ACUERDO CON LOS MARXISTAS NO HAY SALIDA DEMOCRÁTICA”

Durante la vigencia del Estado de Sitio que vivió el país gran parte del año pasado, ANALISIS Internacional sostuvo una entrevista con el ex senador demócratacristiano y ex-candidato a la Presidencia de la República, Radomiro Tomic. En ella, el destacado hombre público hizo referencia a temas de vital importancia en la definición del futuro institucional del país, como son la no exclusión de los sectores marxistas, la posición de las Fuerzas Armadas y el uso de la violencia. Actualmente, después de acontecimientos tales como la movilización estudiantil de

los últimos meses de 1985, la firma del Acuerdo Nacional por un sector del espectro partidario chileno y su posterior rechazo por parte del general Pinochet, y los anuncios provenientes de distintos sectores en el sentido de que el presente año sería definitorio, ANALISIS consideró de interés conversar nuevamente con Radomiro Tomic, con el fin que expusiera sus puntos de vista en relación a los últimos acontecimientos y confirmara o modificara sus juicios anteriores. He aquí las opiniones del líder opositor.

Q

¿Qué importancia ha tenido a juicio suyo el Acuerdo Nacional?

—La tentativa promovida por el Cardenal Monseñor Fresno y apoyada por todos los Obispos para un Acuerdo Nacional por la Reconciliación no sólo fue un noble gesto moral, sino una iniciativa patriótica indispensable. Es cierto que pudo hacerse de dos modos diferentes. Como se hizo, con claridad, pero con mesura y utilizando intermediarios que a veces han asumido funciones de exégetas e intérpretes; o jugándose a fondo, comprometiendo todo el peso y la fuerza moral de la Iglesia dada la gravedad de los problemas que enfrentan los chilenos y la polarización que antagoniza, cada vez más agudamente, al Régimen Militar y la disidencia civil. Pudo hacerse por la Iglesia misma reclamando su condición de “Madre de todos los chilenos”, ofreciéndose directamente como mediadora entre el Gobierno y la civilidad; elevando a la condición de problema moral la necesidad de la reconciliación; formulando la exigencia de una respuesta afirmativa para esta demanda moral; subordinando para después de haberse forzado moralmente el Gobierno y a la disidencia a aceptar la mediación de la Iglesia, el contenido específico de las reformas constitucionales o de las leyes políticas.

“Quiero ser claro: para que la mediación de la Iglesia fuese eficaz era indispensable que en su condición de “Madre de todos los chilenos” exigiera de las dos partes —el régimen militar y la disidencia civil, sin excepciones— que aceptaran su mediación moral (¡no técnica!) como base previa para posteriores instancias técnicas, jurídicas o económicas. Cuando bajo el techo familiar los hijos se insultan, se agreden y comienzan a acuchillarse, la madre se interpone, incluso con su cuerpo, para impedir lo peor. No se ofrece como “abogado”, ni designa a terceros como representantes suyos para dirimir los puntos en disputa. Se ofrece como símbolo, como mediadora, como el nexo común que obliga a todos los que de ella nacieron a reconocer que primero son hermanos y sólo después, titulares de intereses contrapuestos.

“Se dirá que la Iglesia ‘no podía exponerse a que su mediación así ofrecida —y así exigida por ella misma— hubiese sido rechazada’. Caben dos respuestas. La primera: que la fuerza moral de una mediación así propuesta hubiera estremecido literalmente, no sólo al



país, sino a la opinión mundial. Habría sido tremendamente difícil para cualquiera de los dos antagonistas —el Régimen Militar y la disidencia civil— asumir la enorme responsabilidad y las consecuencias políticas de rechazar la mediación de la Iglesia. La segunda, es que la Iglesia —contrariamente a lo que podría ser aducido en relación con personas, partidos o agrupaciones sociales—, no tiene nada que perder con el rechazo. Ni afanes de prestigio, ni temor al fracaso en materias que son consustanciales a su misión de “madre común”, pueden afectarla o disminuirla. Por el contrario, lo que menoscaba a los agentes terrenales —hombres, partidos, Estados— engrandece y multiplica a la Iglesia en el cumplimiento de su incomprendible misión.

“Pido perdón por anticipado por estos juicios que pueden parecer irreverentes. Soy católico y agradezco a Dios mi fe, y ser católico implica respeto y obediencia a la Iglesia y a sus pastores. No creo faltar a estos deberes al mencionar ahora en ANALISIS criterios que

fueron expuestos por escrito —en público y en privado— ya en 1983 y en 1985”.

DEMASIADO POCO, DEMASIADO TARDE

—¿Hubría existido entonces un error en la forma en que se planteó el Acuerdo Nacional?

—No soy juez de nadie, menos aún en materias en que la decisión corresponde a los que tienen autoridad y no a mí. Con todo, pienso que las discusiones sobre el Acuerdo Nacional, sobre su contenido, sus interpretaciones, sus alcances y limitaciones son ya materias del comentario público. El país entero sabe que el “Acuerdo Nacional para la Reconciliación de los chilenos” fue iniciativa de la Iglesia Católica y recordará siempre con gratitud la recta intención de esta iniciativa.

“En realidad había sido ya intentada en términos más cautelosos en agosto y septiembre de 1983, cuando la Iglesia se negó a actuar como mediadora, pero ofreció su techo para el diálogo, finalmente infructuoso, entre la

Opacación y el Gobierno. Esta vez se llegó claramente más lejos, pero con todo, la iniciativa mediadora misma fue encomendada a tres laicos —personalmente muy prestigiosos, pero despojados del entorno sagrado que la Iglesia tiene para los creyentes— para que actuaran como Coordinadores del Acuerdo Nacional. A ellos se encomendó la misión de concertar a la diáspora civil (fundamentalmente a los partidos políticos a nivel cúpula) e informar al Gobierno... que les dio rango y trato de personas de tercer nivel. La cronología de las gestiones habla por sí misma: el 22 de julio de 1985 el país fue impuesto de la iniciativa asumida por Monsenor Fresno ante dirigentes de numerosas entidades el 25 de agosto, once colectividades litúrgicas firmaron un documento denominado "Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia". No fueron invitados a firmar los partidos integrantes del M.D.P. y algunos de la extrema derecha, excluidos —calificados por la Comisión Asesora del señor Cardenal formada por los señores Sergio Molina, Fernando Léniz y José Zabala. El 24 de diciembre —5 meses después de la convocatoria y 4 meses después de la firma del Acuerdo Nacional, por 11 partidos—, tuvo lugar el agresivo rechazo en que personalmente —el General Pinochet notificó al Cardenal como que "había dado orden de que ninguna autoridad de gobierno recibiera a los Coordinadores del Acuerdo Nacional", y que pedía al señor Cardenal Arzobispo "no hablar más de este asunto y dar vuelta la hoja". En enero de este año, autoridades del más alto nivel de la Unión Nacional y de varios otros partidos integrantes del Acuerdo, lo han declarado en "hibernación", "congelado", o han recuperado a libertad de acción unilateralmente, aún sin renunciar formalmente a continuar en el acuerdo.

Los hechos públicos y el país los conoce, son realidades demolidoras para lo que fue la perspectiva inicial que se buscaba. Parece cuestionable que para la Iglesia el rechazo del Gobierno ha participar vacía al Acuerdo de su principal justificación que la movió a proponerlo. Sin el Gobierno, y peor aún contra el Gobierno, el Acuerdo no significará nada para la Iglesia. ¿Cómo engañarse? y sin la Iglesia, la voluntad de mediación que dio al acuerdo su razón de ser se transforma, inevitablemente, en otra cosa. Simplemente en una peripécia del enfrentamiento entre el régimen y parte de la diáspora civil.

Como escribió Churchill: "En el camino de la historia hay grandes fracasos en cuya lápida se lee: Demasiado poco; demasiado tarde". En el caso.

SIN SALIDA HACIA EL PASADO

¿Cuál es entonces la situación política después del rechazo? ¿todo vuelve a hojas cero?

—La vida marcha hacia adelante. Los hechos generan nuevos hechos y no se puede retornar al ayer porque así lo quieren Pinochet, la Democracia Cristiana o la ex Unidad Popular. Nada vuelve a hojas cero.

¿Usted piensa que el Acuerdo "ha dejado de existir"?

—No, pero ha dejado de ser lo que, por lo menos la Iglesia que fue su iniciadora, se proponía que fuese. ¿Cómo negar esta evidencia?

—Desde un punto de vista práctico es preferible mantener lo que queda del Acuerdo



a condición de promover cuanto antes y con el mayor vigor, otra alternativa de concertación de la diáspora: más amplia en el sentido horizontal—eliminando las exclusiones políticas de carácter ideológico, ajenas a las prioridades que impone la voluntad de sustituir la Dictadura—, y también en el sentido que podríamos llamar vertical—incluyendo de un modo mucho más orgánico y efectivo a las organizaciones sociales de base que agrupan a la mayoría de los chilenos—, sin exigencias de subordinación respecto a las cúpulas partidistas. En resumen, si extender el certificado de defunción del Acuerdo ni proclamarlo un modelo de éxito y de buena salud".

¿Según su opinión cuál podría ser esa otra alternativa?

—Lamento aparecer repitiendo lo que sostengo desde hace cuatro o cinco años, pero hay realidades a las cuales es imposible escapar. En Chile no hay "salida hacia el pasado": "a la democracia que tuvimos y que perdimos porque no supimos valorar". Es soñar despiertos. Los 13 años de dictadura han alterado de modo radical, podría decirse desfigurado en términos angustiosos, el marco ético, político, social, económico, militar, de los cuarenta años anteriores al "golpe" del 11 de septiembre. Al cabo de estos 13 años temo que lo que sobrevive de los partidos sea más una imagen del rol que tuvieron en el pasado que una representatividad efectiva de la realidad nacional actual bajo la dictadura y en los años siguientes a su término. Desde hace 13 años el ser y el quehacer de millones de chilenos no ha pasado para nada por los partidos políticos. Y personalmente dudo que la tesitura ideológica y psicológica que da a los partidos su razón de ser y los ubica en la pugna legítima de antagonismos ideológicos y propiamente partidistas de la "normalidad democrática", dado repito que sea el mecanismo más idóneo para poner término anticipado al cronograma de la Dictadura o para dar al país el tipo de Gobierno de "unidad nacional", así percibida por la inmensa mayoría de los chilenos. Sólo contando con la confianza de la inmensa mayoría del país, sólo sostenidos por

la voluntad solidariamente patriótica de la Nación, podrá el gobierno que suceda a Pinochet dar a Chile la firme conducción que será indispensable para enfrentar la emergencia de todo orden que se desencadenarán cuando termine el gobierno de las metralletas y el terror masivo.

"Los que se sientan "escandalizados" por estas reflexiones harían mejor en sopesar serenamente las amargas lecciones de la experiencia chilena anterior y posterior al Golpe. La tentativa de concertar la acción de todos los partidos —todos legalizados desde hace muchos años por la Dictadura— no empezó en 1983, sino mucho antes. Diez años tal vez. Lo que pasa es que no se pueden reconstruir por meras decisiones "voluntaristas" los parámetros de todo orden que gobernaban la vida, el pensamiento y la conducta en el ámbito político y social de los chilenos —y de los partidos políticos— entre 1933 y 1973.

"La naturaleza y gravedad de los problemas creados por la Dictadura en esta larga etapa, demandarán un esfuerzo superior de unidad, motivación ética, solidaridad patriótica, disciplina social y laboral, producción y productividad. Son exigencias que sobrepasan y hasta resultan extrañas a la mentalidad partidista y a los mecanismos que gobiernan legítimamente los antagonismos partidarios en los períodos de normalidad democrática (relativa... pero, en fin, normalidad). En las circunstancias "normales", los partidos políticos son no sólo una expresión legítima, sino probablemente la más auténtica del pluralismo ideológico y de los desequilibrios socioeconómicos de los regímenes capitalistas en el mundo contemporáneo.

"Para 'aterrizar' partamos de una base común. Probablemente no hay aseerión más compartida por la diáspora política que la afirmación de que estos 13 años han arrastrado al país a la mayor crisis de toda su historia. Si es así, ¿cómo no admitir que problemas de gravedad excepcional no pueden ser exitosamente enfrentados con los mecanismos inherentes a la "normalidad"? Los ejemplos sobrelabundán en nuestra generación:

de Guala, de Orquest, Virelles, Israel, Fandiño, Agrifino, Yagüe, Naves, Cuba, Benavente, de Bodega, Nereyros, de Lema, y tantos otros. ¡Qué las elecciones!

UNA PROTESTA ALTERNATIVA

En momento crucial ante el desarrollo de las elecciones, el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz.

—Deseo que el pueblo chileno se manifieste por su propia voz y que el gobierno se manifieste por su propia voz. El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—Como se ha demostrado, el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—Como se ha demostrado, el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

que el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

DESATRAZAMIENTO DE LAS FUERZAS ARMADAS

El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—Como se ha demostrado, el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—Como se ha demostrado, el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—Como se ha demostrado, el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.



—El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

DESATRAZAMIENTO DE LAS FUERZAS ARMADAS

El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—Como se ha demostrado, el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—Como se ha demostrado, el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—Como se ha demostrado, el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

DESATRAZAMIENTO DE LAS FUERZAS ARMADAS

El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—Como se ha demostrado, el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—Como se ha demostrado, el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—El pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.

—Como se ha demostrado, el pueblo chileno se manifiesta por su propia voz y el gobierno se manifiesta por su propia voz.